

Algar  Colección CALCETÍN

# La biblioteca de los libros vacíos

Jordi Sierra  
i Fabra



El hombre se llamaba Tadeo y caminaba con el piloto automático puesto.

Cada noche hacía el camino de regreso a su casa a la misma hora. Cada noche salía tardísimo de su trabajo, en la estación, después de que pasara el último tren, porque Tadeo era el jefe y único empleado de la estación de trenes del pueblo. Cada noche, muerto de sueño, se dejaba llevar rumbo a la paz de su hogar, donde le esperaban su amorosa mujer y sus queridos hijos –tres–, dispuestos a contarle todo lo que habían hecho durante el día. A veces, Tadeo tenía que sujetarse los párpados a la frente con cinta adhesiva, porque a aquella hora estaba hecho polvo. Y es que no sólo tenía que despedir el último tren, sino levantarse a las cinco de la mañana para esperar el primero.

Casi nadie bajaba ni subía nunca de la estación del pueblo, pero... un jefe de estación era un jefe de estación. Y Tadeo estaba muy orgulloso de serlo.

O sea, volviendo a lo del piloto automático, que Tadeo ni miraba el suelo, tenía los ojos prácticamente cerrados y se dejaba llevar por el instinto. Lo mismo

que un ciego. Habría sido capaz de llegar a su casa sin abrirlos, porque cada noche hacía los mismos movimientos y daba los mismos pasos por las calles del pueblo, ya desérticas.

Ni un alma.

—¡Qué barbaridad! —reflexionaba a veces Tadeo—. Todos pegados a la tele, hipnotizados. ¡Con la preciosidad de noche que hace!

Aquella noche, sin embargo, Tadeo no estaba para mirar la luna o las estrellas. Para empezar, el expreso —que debía de llevar ese nombre porque era una cafetera— le había impedido cenar, porque en lugar de llegar a las nueve y cinco había llegado a las diez y doce. Y para terminar, el rápido de las veintitrés treinta había sido menos rápido de lo que decía su nombre y había pasado a las cero horas y trece minutos. Un asco.

Tadeo arrastraba los pies por las empedradas calles del pueblo.

Menos mal que conocía todas y cada una de aquellas piedras, los huecos, los socavones, los baches.

—¡Uoaaah...! —bostezó con ganas.

Ni cenaría. Ya, para qué. A la cama directamente. ¡Qué ganas tenía de meterse en ella! La noche pasada había soñado que en la estación media docena de empleados vendían billetes, se cuidaban de los cambios de agujas, de recibir las llamadas y los avisos de la red, de... Y él de mandamás. Y por si fuera poco,

gente, mucha gente, decenas, centenares de pasajeros subiendo y bajando de los trenes, que se sucedían a ritmo ininterrumpido cada hora.

Ojalá se volviera a repetir el mismo sueño. Había sido muy excitante.

Tadeo soñaba con una estación así.

Iba a llegar a la placita de San Casiano, un lugar muy bonito y arbolado, con vetustos bancos de piedra, justo al lado de la Plaza Mayor del pueblo, con la que se comunicaba a través de una callejuela estrecha. Levantó la cabeza para ver a la señora Milagros haciendo ejercicio con la ventana abierta. Al otro lado estaría Fulgencio, el hijo de los Corraleda, estudiando. Y más allá, en la esquina, Isidoro ordenando su colección de sellos. No todos veían la tele, aunque...

Siempre lo mismo. Pura rutina. No pasaba nunca nada en el pueblo, ni bueno ni malo. Aquí paz y después gloria.

Tadeo suspiró.

Entró en la placita de San Casiano. Vivía al otro lado de la Plaza Mayor, así que ya estaba cerca. Ni siquiera miró a su derecha, en dirección a la oscura biblioteca municipal. Por allí apenas si había luz. La atravesó por el mismo centro y fue entonces cuando, de pronto, su pie pisó algo.

Estuvo a punto de resbalar.

—¿Pero qué...? —rezongó Tadeo.

Bajó los ojos al suelo sin ver nada.  
Levantó su pie para mirarse la suela del zapato.  
Y la encontró allí, pegada, diminuta aunque brillante.

Una letra.

Para ser más exactos, una a mayúscula.

Tadeo abrió unos ojos como platos. No entendía nada. Pisar una letra era lo más extraño y absurdo que jamás hubiese hecho en la vida. ¿Qué estaba haciendo allí una letra, en mitad de la placita de San Casiano? Las letras no se caían como las hojas de los árboles. Las letras formaban parte de los libros y...

Los libros.

Tadeo giró la cabeza a la derecha, en dirección a la biblioteca municipal. Llevaba cerrada un año, justo desde la jubilación de la señorita Virtudes, la bibliotecaria.

Se acercó a ella, con la letra en la mano.

A los tres pasos vio en el suelo una eme minúscula, y un poco más allá, una zeta.

Las recogió. Eran de tipografías distintas, pero eran letras al fin y al cabo.

—Esto es la mar de raro —dijo Tadeo en voz alta.

No tenía la llave de la biblioteca, por supuesto, pero se acercó a la puerta igualmente, más y más perplejo. Las letras parecían provenir de allí. Justo en los tres escalones vio media docena más. Ya ni las recogió, aunque una era enorme, dorada y de carácter

antiguo. Entre el último escalón y la puerta el viento estaba jugando con otro puñado, arremolinándolas. Lo comprendió al momento.

Por debajo de la puerta de la biblioteca asomaban más puñados de letras, decenas, quizás centenas, millares.

Letras y más letras.

Tadeo nunca había visto nada igual.

Por ese motivo, asustado, con el sueño y la pereza hurtados de su ánimo, echó a correr como alma que lleva el diablo hacia la casa de Benjamín, que además de su amigo era el alcalde del pueblo.

Aquello necesitaba la presencia de la máxima autoridad.